

GAU PASA

Jesús HOSPITALER
del Grupo de Montaña Urdaburu

- ¿Qué hora es?, le pregunto a mi hermano.

- La una, me contesta.

La húmeda boira trepa pegándose a las paredes. Los dos, sentados en aquel pendiente y pedregoso camino. Las posaderas sobre la cuerda de cáñamo. Yo con los pies metidos dentro de la mochila, por aquello de que en estas circunstancias había que hacerlo así, según leí en algún sitio.

Veníamos de travesía desde el lago Enol, donde estaba el campamento. Habíamos subido a Peñasanta de Castilla por la parte fácil. -No hace falta cuerda- nos dijeron unos que bajaban encordados desde la cumbre. Dejamos la cuerda, pero ¡qué bien nos hubiese venido para la destrepada!

Acertamos el haber encontrado el sendero que bajaba hacia Caín antes de que las nubes, con la oscuridad del barranco, subiesen hasta nosotros.

Sacamos las linternas. Sólo funcionaba una y, más rápido de lo que pensábamos o queríamos, se iba apagando. Nos da la sensación de que el sendero desaparece. Bajaremos siguiendo algún torrente -comentamos- porque nos llevará hacia el Cares.

Damos unos pasos por aquellas resbaladizas rocas. Apenas se ve. Nada, negrura.

- Retrocede, dice Pepe.

Tropiezo, la linterna se rompe. Volvemos al sendero y aquí estamos.

-¿Qué hora es?, demando de nuevo.

- La una y cuarto.

- ¡Santo Dios, qué noche más larga!

Bajando, a la amanecida, nos topamos con unos lugareños que ascendían de la aldea.

- ¡Qué!, ¿habéis pasado la noche en tal abrigo o tal cueva?, nos dijeron.

- ¡Ja!



Fotografía: Jesús Hospitaler

Continuamos descendiendo, miramos hacia atrás. La nada del torrente de anoche era un vacío por el que se despeñaba el agua. ¡Qué escapada!

Llegamos a Caín. Allí nos encontramos con unos montañeros donostiarros que venían del macizo central. La noche debieron haberla pasado en condiciones parecidas a las nuestras.

Creo que todos soñábamos con el próximo desayuno de abundante leche y rebanadas de pan con mantequilla. Pero, al igual que en una gau pasa magdalenera cualquiera, nos pusieron sopas de ajo.

Por la "guapiña" garganta del Cares hasta Puente Poncebos. Allí, los de Donostia tenían encargado un queso de Cabrales. El "oloroso" queso, excesivamente grande, lo repartimos.

Llegamos a Arenas de Cabrales y esperamos al autobús. Ya dentro, el conductor nos gritó ¡marranos, que sois unos marranos, tantos días sin lavaros!

- No olemos nosotros, contestamos.

El resto del viaje, el queso se aireó en el techo del autobús.